

47/1527879

LA NOVELA FEMENINA

Año I / Núm. 27

Gloria de la Prada

Eduardo Zamacois, ese gran psicólogo del corazón femenino, dice, hablando de la autora de EL CANDILEJO :

«Gloria de la Prada es menuda, vibrante, genuinamente goyesca, infantil por fuera, llena por dentro de inquietudes y trepidaciones interrogadoras de mujer ; Gloria tiene los ojos grandes y bellísimos, los gitanos cabellos partidos sobre la frente en crenchas simétricas, la boca bermeja y fatal.»

Después el gran novelista nos habla del alma cantarina de esa mujercita, de sus cantos de alondra, ya que desde los albores de su juventud dejó oír sus trinos y desplegó bajo el azul sus alas tempranas ; así Gloria, siendo aun niña, vió solicitados sus «cantares», sus «coplas», cuar-

tetas y estrofas luminosas que dejaron en nuestro espíritu un reguero perdurable de luz.

Acertada estuvo la gentil poetisa al componer el verso siguiente :

«Soy chiquita, soy chiquita,
soy chiquita y no me pesa,
porque he llegado a donde
otras más altas no llegan.»

Sí ; ella ha llegado donde otras más altas no llegan, pues no son únicamente sus rimas las que nos cautivan, las que más elogios han merecido en la crítica, sino que, hablando de sus novelas, hásela comparado con las grandes narradoras y aun el autor antes citado ha dicho :

«Téngase en cuenta que Gloria de la Prada para componer sus libros hubo de inspirarse en el *eterno motivo amoroso*, y, de consiguiente, sus observaciones deben interesar más a los hombres que las anotadas por el más ladino de ellos, pues que su sexo la coloca *al otro lado de la cuestión*, allí donde ni Balzac, ni el mismísimo franciscano Juan Escoto, por razones de su temperamento, podían colocarse.»

Con lo cual queda dicho que Gloria de la Prada es una mujer muy mujer, sin el menor ribete de feminista, una mujercita que sabe exteriorizar todas las vibraciones de su corazón sen-

sitivo en versos o en el lirismo de una prosa rica y castiza, colorista y bella, como la que viste hoy esta narración que ofrece a sus lectores LA NOVELA FEMENINA, entre cuyas colaboradoras habrá de sobresalir el nombre popular de Gloria de la Prada, el cual por sí sólo constituye ya todo un poema.

REGINA OPISSO DE LLORENS



EL CANDILEJO

Costumbres sevillanas de mediados del siglo XIX

(Novela corta)

SALUTACION

¡SALVE, OH TIERRA DE LAS FLORES!

*Es la tierra baja,
la tierra del sol,
la que tiene fuego dentro de las almas
y alegrías locas
en el corazón.*

Tiene la palabra «Sevilla» cadencias de música, aromas de flor, caricias de alas, cascabeleos de gloria; todos los sensualismos y todas las idealidades. Carnes morenas en añoranzas de harem y ojos inmensos siempre vueltos al ideal, pupilas en las que se ven las agonías de una raza de poetas como aquellos Alarifes árabes que tejían en la vegas andaluzas o sobre las cumbres de sus montañas alcazares de encaje, como

sueños de hadas convertidos en realidad por la divina maravilla del genio y para dar un mentís a los que juzgan indolentes a las razas de sol.

¡Indolencias meridionales!... ¡Cómo desaparecéis para embellecer la vida! ¡Qué espléndidamente la jugáis en vuestras pasiones! Trabajadores del ideal, no del lucro, igual que aquellos egipcios que inmolvaban sus vidas para perpetuar sus momias... razas de sol, místicas, sensuales, soñadoras de exquisitas vehemencias... ¡benditas seáis! Cubiertos siempre con la máscara de la alegría, pasan desapercibidas para los fríos analizadores vuestra verdadera entraña, la hondura de vuestros sentimientos, todas vuestras buenas cualidades. No porque carezcáis de pesimismo sois frívolos; no porque no tengáis en los labios más que sonrisas dejáis de sentir las degarrantes torturas del vivir. La vehemencia de la expresión es vuestra y sólo os la censuran los que no la poseen y os la envidian.

Razas de sol, de todas las pasiones, de todos los heroísmos, de todas las poesías, tenéis un reino infinito: el del amor.

EL HOGAR ANDALUZ, SUS CELOSIAS Y CANCELAS

*Siempre a través de hierros
las sevillanas
sueñan en sus amores
y dan sus almas,
que sus cortejos
quieren que sus cariños
estén sujetos.*

La mujer andaluza en general y la sevillana en particular es, aunque los que no la conocen sino falsificada en los tablados, muchas veces la juzguen como quieran, la más casera, la más adoradora de su hogar de cuantas se conocen; a embellecer la vida de los suyos dedica su tiempo; su casa es su mundo entero, un mundo muy chiquito... pero inmenso para ella, pues es paréntesis en la gran página en que recoge todos sus afectos; es... altar en que oficia como

sacerdote de amor; es joya de gran valor en la que guarda cuanto para su temperamento ardiente y sus ensueños hay de más grande en la vida, en el mundo: ¡sus amores! Fuera de esto, no existe nada para una andaluza. No adorna su casa para las vanidades de fuera, sino para los suyos, para sí; mora de origen, es hermética en la exterioridad, tiene atavismos de la esclavitud en sus intimidades; a la imagen de su devoción no le faltará nunca una lamparilla y unas flores, su azotea no carecerá de macetas, su cierro de pájaros, sus labios de risas y de coplas, y su corazón... de penitas de amores, pues su hambre de amor está en su alma, insaciable de infinito... Y todo esto se asoma en llamaradas a sus pupilas.

Vamos a describir, como Dios sea servido darnos a entender, el hogar andaluz, la vida de sus moradores, haciendo punto a las generalidades. Nos encontramos en la Sevilla romántica, la de los años treinta y tantos del pasado siglo, y en una de sus más típicas calles, la del «Mesón del Moro». En ella pondremos la casa de nuestra historia, conocida en el barrio, no por su número, sino por el nombre familiar o remoquete de *casa de las tres viudas*; es la tal casa vivienda coquetona y chiquita; se recuesta, mimosa y como pidiendo protección en esa demanda dulce de lo débil, contra una casa palacio, orgullosa mansión blasonada que en sus piedras y herrajes bosteza el ayer. Aunque ésta ha sufrido re-

mozamientos y revocos, pese a ellos conserva en sus alturas o cresterías las salientes cabezas de sus grifos de abiertas fauces, desagüe de las lluvias, y el pétreo escudo sobre la gran puerta central. Cubiertos en parte por el irrespetuoso jaramago, se ven los cuarteles de dicho escudo, jaramago que perfuma la heráldica al encubrirla en sus ruinosas piedras. La casa que antes mencionamos, la que se recuesta en mimos de humildad en la blasonada, forma esquina, y lo que se guarece y cobija por un lado se descobija y desguarece por el otro, cosas de este mundito loco en que el desacuerdo impera; es la tal casa de un solo piso o, dicho más claramente, tiene piso bajo y principal, sin contar la indispensable azotea almenada de macetas cuajadas de flores; se encontraba esta perfumada cumbre a la par, en altura, ya que no en jerarquía social, de uno de los balcones del palacio vecino; por bajo de esta azotea venían los dos cierros del principal con sus correspondientes *celosías* para resguardarse de las curiosidades de fuera, a que tan dado es el espíritu andaluz, moderna *celosía* hija espiritual del *ajimez* de Egipto, del de Persia o del de Mesopotamia, que de iguales achaques tienen que adolecer los mismos pueblos de vehemencias y pasiones, de celos, de pesadilla, de exclusivismo tal que hasta la vista de la amada le es negada al masculino deseo; herencia del árabe, en cuyo romancero se describe a cada paso el misterioso encanto de estos *ajime-*

ces, ante cuyas caladas maderas hacían caracolear a sus potros en amorosas zalemas, los caballeros árabes. Ved en este trozo de romance lo que os digo :

Vióla salir al balcón,
haciendo los años breves,
y arremetiendo al caballo,
por ver el sol que amanece,
procura que se arrodirle
y el suelo en su nombre bese.

.

Esta ardiente adoración por la belleza femenina que de raza viene, es la que origina estas celosías que hoy mismo se ven tras los hierros de las ventanas bajas; que aun hay por las tierras andaluzas sangre de Segries y Gomeles que en añoranzas de harén guardan para sí solos el amor de sus ardientes mujeres y el hechizo de las pupilas de terciopelo.

Teníase vigente este adoso de las ventanas sin razón de ser, pues en la actualidad sólo residía en la finca su propietaria, doña Teresa Hernández de Montesinos, marquesa de las Cruzadas, respetabilísima señora ya entrada en edad, cuya sola fama de recatada fué siempre su mejor escudo, aunque enviudó en plena hermosura y arrogancia de años; pero por su casa y aunque de tarde en tarde solían pasar ciertos sobrinos y sobrinas hartos más alegres de genio,

ya que no de intachables principios. Volvamos la atención, ya dadas estas ligeras noticias del palacio de los Hernández de Montesinos, a la casa de las tres viudas; ya dijimos algo, esto es, que tenía dos pisos y que sus ventanas o cierros tenían celosías; pero ya hemos hablado bastante de estos *Mucharabiehs*, que decían los moriscos, y nos esperan otros detalles. Miremos tras el portón y el pequeño zaguán, la típica cancela que era lo clásico de la casa, el alma de ella; tras sus calados hierros se veía el fresco y limpio patio; parecía la tal cancela arrancada de otra más grande morada y puesta allí para recreo de los ojos, sin duda hermana de la que inspiró sus versos al duque de Rivas:

«Delicadísimo encaje
de hierro, cuyas labores
transparentes cortinajes
son para unos amores.»

Esto decía el autor del *Don Alvaro*, que añadía lo que de molde viene para nuestra descripción:

«Peculiar es de Sevilla
de la encantada ciudad,
que del Betis en la orilla
es el emporio y la silla,
la primorosa cancela
que patio y portal divide

y es transparente candela
que contra importunos vela
y que la vista no impide.

.

Y me hago superior al encanto de seguir transcribiendo la admirable composición de don Angel de Saavedra, porque no se me diga que es fácil y gratuito el modo de salir de las empresas propias contando con las muy discretas razones que del mismo asunto se dijeron ya. De lo dicho se infiere que la clásica cancela sevillana está muy dignamente representada en la casa de las tres viudas y era la dueña y señora de aquel hogar; tras sus hierros lucía su frescura soñolienta el entoldado patio, en el que se veían los verdes macetones de albahaca larga y la fuente de cuadrada pila de azulejos, haciendo más sugestivo el limpio cristal del agua al reflejar el húmedo verdor de las hojas; también se veían los corredores altos desprovistos de vidrios, y no digo de cristal, pues hasta más tarde no imperaron; no era tiempo de tales melindres. Por encima de todo y como deidad familiar, se veía el toldo o vela empenumbando la luz en grata y soñolienta dulzura de inefable molicie. Todo parecía dormir en el cuadro que nos ocupa. La matizada luz que se cernía, tamizada por la doble lona del toldo; el rítmico gotear del grifo de la fuente sobre la pila, rompiendo el cristal de las aguas y formando círculos que van dila-

tándose hasta morir, substituídos por otros nuevos y más anillados, pone una tenue humedad en el variado matiz de los arbustos que en macetones rodean la pila.

El cansino arrullo de una tórtola, única dueña del patio, al parecer, y digo al parecer porque, fijándonos más, aparecen dos nuevos seres en el recinto que nos ocupa, un grillo en una jaula de caña colgada de una rama y un hermoso gato que tendido entre la pila y las macetas dormitaba dulcemente; atigrada era la piel del felino, pero no tal su condición, y de esto era harta prueba la tórtola que se paseaba por el patio, confiada en la cordialidad del amigo gato, compañero de las buenas o malas andanzas de la casa que les hubo en suerte. Demos fin al primer capítulo, que en el que nos espera, dejando la flora y la fauna, nos dedicaremos a la especie humana, ¡que acaso no fraternice tanto como esta!, y con un suspiro en esta copla, hagamos punto:

«Celosías y cancelas...
toldos, pájaros y flores...
es la flor de la canela...»

CAPITULO II

TRES MUJERES Y MEDIA

Doña Amalita Pérez, viuda de Quintanilla, contaba a la sazón cincuenta y cuatro años de edad y trece de viuda, que tales y tan fatídicos eran los transcurridos desde que la dejó en este pícaro mundo su velado. Dueña quedó por tal viudez de la casa que bosquejada dejó y de una corta rentita que cobraba escrupulosamente en uno de los comercios de la calle de Francos. Uniósese a ella su ya entonces viuda hermana María Jesús, fresca y oronda, en plenitud de fuego y de carnes trigueñas, con sus treinta y siete años bien llevados y una corta viudedad que su *carabinero* la dejara por toda herencia, y que por unos días no lo fué de capitán, como hubiese sido menester, ya que no se contentó con dejarla sola y sí en espera de lo que Dios fuese servido mandarla y que en cinco años de unión no fué y ahora quedaba siendo... para que aquel ben-

dito que de Dios goce (frase de María Jesús) no disfrutase de una paternidad tan retrasada. Entrada en sus ocho meses de embarazo se encontraba nuestra María Jesús cuando cayeron sobre ella las negras gasas del desconsuelo y la soledad. Veinte años tenía en aquellos entonces, de dolor y casi miseria; sus pocos años la fueron sacando adelante sin que por nada del mundo abriese su pecho a un nuevo amor.

Actualmente las penas estaban ya lejos y los apuros del vivir solucionados, pues unida con su hermana Amalita vadeaban la vida, si no con sobras, sin faltas; así es que su hija Coral, si no tenía lujos, no la faltaron nunca sus claros vestidos de *faralares*, que decía ella, o de volantes que decimos nosotros, y como diez y siete años sevillanos no necesitan de grandes cosas para reir y cantar como los pájaros, y a más, según sus propias frases, su madre y su tía Amalita se miraban en ella su espejo, no la descorazonaba de sus muy fundadas esperanzas en el porvenir y hasta el gato la quería y arqueaba el lomo y hacía el *carretón* en su honor. ¿A qué penas, pues?

Pero, antes de dedicarnos a la descripción minuciosa de las tres mujeres, además de la criada, que tendría su nombre de pila si alguna vez lo tuvo, pero que por su pequeñez acaso nunca respondió a más nombre que al de *Cotufa*, digamos al que no le salga la cuenta de las tres viudas que el mocerío del barrio dió en

llamar así a la casa desde que apareció en ella la tórtola que por el patio vimos, y si el chiste nació de uno, la denominación quedó luego de todos y nadie conocía ya la propiedad de doña Amalia Pérez, viuda de Quintanilla, más que por *la casa de las tres viudas*.

CAPITULO III

TODO SE PLANTEA Y NADA SE SOLUCIONA

—¡Maldito sea el primer hombre que vino al mundo!

—¿Y a que viene todo ese sopetón, mujer?

—Pero, ¿no ves lo que pasa? ¿No ves a la niña? ¿No ves la cara de mi Coral? ¡Claro, tú no eres su madre!

—Sí veo, María Jesús; sí veo, acaso más que tú, porque no soy tan súpita; veo y me callo muchas cosas; la niña no va por donde tú piensas; la niña es muy orgullosa y no te imagines tú que te se enamoró ya de ese *usía*. ¿Crees que no ve lo que todos vemos, lo muy resinvergüenza que lo parió su madre? La mira a ella, te mira a ti más que a ella, y, si se le apura, hasta a *Cotufa* le va a encontrar la gracia; si cuando un hombre sale así (y aquí hizo un gesto de desdén que para sí lo quisieran las

mejores actrices cómicas) no llega al corazón de nadie.

Y siguió murmurando, mientras María Jesús iba apartando la ropa del repaso sobre una silla de aneas. Parecía algo más convencida de las razones de la hermana, que dijo así:

—No, si la verdad es que el tal niño no vale nada; de físico, ni un mal *vistaso* tiene, y ella es muy reparona y muy melindrosa; pero no sé, Amalita, no sé; en estos asuntos no se sabe nunca nada; además, la vanidad, la poca experiencia; él es un señor de casa grande y éstos se creen que todo se lo merecen.

—Infundios tuyos, hermana; la niña es... no sé cómo decirte... muy orgullosa, por demás orgullosa, y sabe que no van de buena fe esos más que con las de su igual; además a tu hija no le ha *dao* la ventolera del querer, no tiene más Dios ni más Santa María que sus trapitos, sus preocupaciones de niña, el oírse llamar bonita, esos primeros piropos que a todas nos hizo subir el pavo a la cara y latir el corazón de alegría, vengan de quien vengan las flores. A cada edad lo suyo, mujer. ¿Va a pensar la niña en si suben un cuarto la libra de damascos o si los peces de reyes, después de fritos, se quedan en ná? Lo que la trae preocupadilla (y aquí bajó el tono Amalita y miró con temor a la puerta y siguió confidencial) es su célebre mantón de Manila.

Pasó una nube por los expresivos ojos de Ma-

ría Jesús al oír las últimas frases de Amalita, que también tomó un tinte melancólico.

—Sí, hermana, sí, tienes razón; el *mantón* es su sueño desde niña; no la dí nunca un cuarto para arropías o palmitos que no fuese a la hucha para su mantón «cuando fuese grande», como ella decía, y con esa malicia tan suya me saqueaba cuanto podía, toda su vida así; ahora ya ve cerca el fin de sus afanes; tú la das cuanto puedes y su cabeza es un lío de colorines pensando en cómo será el elegido, y no haces bien, hermana, en privarte de mil cosillas por acudir a ese capricho de la niña, pues no estamos para eso, y si se tira de aquí, se destapa de allá, desgraciadamente.

—¡Toma, toma! Pues si eso no fuese así, ¿crees tú que ya no tendría mi sobrina el mantón en la cómoda y el ansia de toda su vida satisfecha?

Un ruido como de rastrear un cubo por el suelo las hizo mirar al fondo de la estancia y ver aparecer a *Cotufa*, que salía de debajo de la cama camera de María Jesús con una aljofifa en una mano y un cubo en la otra y un moño de picaporte más grande que ella; traía el hociquín retorcido y las cejas en alto, como mujer que acaba una faena muy perentoria.

—Pero, ¿estabas tú ahí? —refunfuñó María Jesús. —Y to pa oír lo que no te importa y luego ir con el cuento a Coral, a tu almita de tu alma, ¿no?

Puso *Cotufa* la cara más digna de su repertorio y se llevó al pecho, en son de juramento, la mano, pero sin soltar la aljofifa; la que sí soltó la más alborozada y contagiosa risa fué Coral, que entró en la sala a punto de ver la tragicómica actitud de *Cotufa*.

Y ya que tenemos en escena a las anunciadas tres mujeres y media, léase *Cotufa*, hagamos un ligero diseño de ellas; empecemos por Amalita, por ser la mayor en años, ya que no en estatura, pues era bajita y gruesa, o, para decirlo mejor, en desplome de formas; su rostro, carnososo y blanco, de grandes ojos pardos, tenía una bondad de temperamento, digámoslo así; quietud de linfática mansedumbre de res que no se entera de su yugo, propia de mujeres que jamás viven en sí mismas, sino en los que las rodean. Distinta en todo María-Jesús, más alta, en perfecta sazón de formas, más morena, más viva, más mujer, reflejaba en su rostro expresivo y en sus negros y hermosísimos ojos toda la viveza de sus sentimientos y a la sazón reían a la par de ellos los dos hoyuelos que en las mejillas formaban sus rojos labios, dejando descubierto en su risa el bello estuche de su boca fresca y jugosa como fruto maduro. Coral, con ondulaciones de espiga en todas sus actitudes, con color de espiga también en sus cabellos, tenía los mismos ojos de brasa que su madre y la misma risa de tentación.

Pasemos ahora a la nunca bien ponderada

Cotufa, Cotufa avispa, Cotufa comino, Cotufa eje de la casa, cocinera, doncella, jardinera, todo en una pieza, pero en una pieza cómica que hacía reír a todos sin darse ella cuenta de nada, como en el caso presente.

Al fin, tras de las risas, dijo María Jesús:

—Se estaría con esa cara de asombro hasta mañana.

Y dirigiéndose a la chiquilla:

—Anda, mujer, anda; vete a preparar el *gaspacho*, y tú, Coral, a peinarte y arreglarte un poquillo que luego hay que descorrer la vela y abrir del todo el portón, y no va a estar una hecha un pingo; yo también voy a atusarme algo.

Al poco rato se oía al fondo de la casa el acompasado ruido del mortero en el majado del típico *gaspacho* andaluz y la destemplada vocecilla de Cotufa en un fandango monótono y soñoliento.

María-Jesús y Coral se peinaban y lavaban, y Amalita, que, fuera de toda coquetería, se arreglaba al levantarse, pulía haciéndolo aparecer de fino oro más que de metal un enorme velón de Lucena de los de cuatro piqueros, único alumbrado de la casa a más de la farola del zaguán y la capuchina de la cocina, todo a base de aceite. ¡Téngase en cuenta que estamos en el siglo que se llamó de las luces!

Tarde ya, acodada en el pretil de su azotea, Coral oía sin oír, por la costumbre, las lentas

campanadas de la queda que la Giralda lanzaba en el espacio, por donde viajaban los ojos y las ideas de Coral en esa interrogación constante de toda mujer joven y soñadora. Ella, como nueva Sulamita, se preguntaba: «¿De qué color serán las pupilas de mi amado?» Aún más, ¿cómo será el amor, el amor que ella aspiraba en toda la Creación, el que ponía a veces lágrimas inconscientes en sus ojos, en esos primeros balbuceos del alma de la mujer?

Eva vivía en ella con todas sus interrogaciones.

Sintió pasos de un hombre que cruzó con vivo aire la calle...

—¡Ese lo sabe todo! — se dijo. — ¿Por qué las mujeres no seremos hombres?

Rió el desatino y puso luego todo su interés en unos novios vecinos que pelaban la pava por la reja. El amor vivía en su alma y se interesaba por todos los novios, pero sin gustarle aún ningún hombre. El aroma de sus alelías la envolvía y la dulzura de la noche llegó a causarla un inexplicable daño. ¡Vivir! ¡Vivir de un modo distinto a como vivía, o ser inconsciente, como las flores que la rodeaban! La voz de Amalita gritó desde la escalera:

—¡Pero, Coral, que son más de las once! ¿No oíste la queda? Baja, hija, que ya tu madre está acostándose y yo estoy muerta de sueño.

—Allá voy, tita.

Y bajó azorada, como sorprendida en crimen...

Días después, muy de mañana, estaba María-Jesús en la azotea acodada en el mismo sitio que lo estuvo su hija noches atrás; también la soledad la hizo abstraerse en sus ideas y eran éstas harto más realistas que las de Coral.

—¡Válgame Dios — decía — y que las mujeres no tengamos más salía que la del casorio! La Virgen me libre de un mal pensamiento y de una mala hora; pero es fuerte cosa que a las mujeres *honrás* no las pase nadie una renta por serlo.

Y sus hermosísimos ojos miraron al palacio vecino.

—Toda la vida — siguió — careciendo de mil cosas y trabajando como las hormiguitas para sólo conseguir un pasar; verdad es que no hay que hacerse ilusiones. Mariquita, hija, a ti no te vas a engañar y *to* está en que tú, aunque te rías por fuera, tienes el alma *enterrá* con tu difunto. ¡Y qué requetebueno fué *pa* mí! ¿Por cuánto iba yo a que se borrasen de mis labios los besos que él me dió? ¡Ni por *to* el oro que viniese de las Indias creería yo que ni al cariño de mi Coral tenía derecho!

En este mal momento para él apareció el futuro grande de España en el cercano balcón; no era el tal, como dijera en una ocasión nuestra buena María-Jesús, un don Juan; pero nuestra justicia nos hace decir que era un hombre más, ni feo, ni guapo, a igual distancia de estos ex-

tremos; vestía con elegancia el típico traje del estudiante y corría la tuna como uno de tantos, aunque emancipado de la sopa conventual y manteniendo, en cambio, a más de un arrimadizo sopista.

En el momento en que lo presentamos en escena se sonreía muy maliciosamente de ver a María-Jesús que, en su descuido abandonado y muy ajena de ser vista por nadie, presentaba algo más descote del conveniente dado su recato de viuda.

Al alzar ella la vista se encontró con la socarrona sonrisa de él y se dió cuenta del caso; pero una rapidísima idea la hizo disimular por no admitir la complicidad (aunque sin culpa alguna) del indiscreto, que decía en un suspiro tragicómico:

—¡Ay, vecinita de mi alma, y qué vistas más buenas y hermosas tiene este balconcito de mis penas!...

Se incorporó ella con pretexto de contestar, pero, en realidad, para que las ropas recobrasen su decoro, y dijo con no menos sorna:

—Pues no sé, vecino; mi azotea tiene la misma situación y yo *no veo nada bonito desde aquí*.

—¡Válgame Dios, mujer; que no hemos de estar acordes nunca! ¿A que no encuentra tampoco fresca la mañana? Porque para mí se está poniendo que pela.

—¿Qué fresca la voy a encontrar si me está zumbando un mosquito?

—Cuidado, vecina, que los mosquitos hacen roncha.

—Tengo yo la sangre de luto y no hay mosquito que no espante.

La dulce voz de Coral dió pretexto a su madre para despedirse sin descortesía ni huída que pareciesen temores que no tenía; giró airoísima, y, tras un «Quede su merced con Dios» y una semi reverencia, puso en sus labios la última ironía para «su merced» en este estribillo:

*Oropeles son falsos,
aunque relucen...*

Y perdióse la voz en el interior de la casa.

CAPITULO IV

EL CANDILEJO

Han pasado unos meses de los acontecimientos antes narrados. Febrero, el loco, el incompleto y alegre mes, es en la tierra, en los almanques y en las almas, en particular en la de Coral, que sentía dentro de sí todos los regocijados cascabeleos que el dios Momo pudiese nunca traer en su manto de risas. Su alegría de niña mimada se reflejaba en toda la casa; hasta la tórtola parecía comentar con el gato el fausto acontecimiento. Era éste la realización del ansia de sus ansias en forma de *mantón de Manila*. Decir las veces que destapaba la caja y lo acariciaba para convencerse de la realidad del hecho, fuera tan difícil como seguir sus ideas cuando se quedaba embebida en su contemplación, de la que la sacaba su madre o tía, que se gozaban viéndola tanto como ella mirándole. Cotufa ponía punto en estas escenas con su curiosidad y sus aspavientos.

Fué el día de la Candelaria, en el que Coral rompió su hucha y en el que el oro, una vez más, realizó un sueño. De color de oro también la filipina seda, se perdía casi bajo una floración de rosas. Hasta dormida, soñaba Coral con la caricia de la seda ceñida a su cuerpo y el cosquilleo de los flecos entre sus brazos.

—¡ Un candilejo ! ¡ Un candilejo !

La voz de Cotufa puso en alarma a sus amas.

Coral, de un salto, se asomó al balcón y Amalita y María-Jesús, que estaban muy tranquilas alrededor de la copa en que un dulce rescoldo quitaba el no excesivo frío de la estación, se levantaron también para ver el candilejo que atravesaba a la sazón la calle; vieron primero los dos hombres de los hachones que abrían el camino, casi seguidos los otros dos, que conducían las parihuelas cubiertas de matas, adornos y de infinitos víveres, tan diversos como las casas que los donaban, pues costumbre era que en la casa que paraba un candilejo diesen para él y se pusiese en las parihuelas el regalo y quedasen invitados con esto para la jira en que después se comía todo lo recaudado. En el que nos ocupa, por serlo de casa grande, eran todos los donativos de valía: había cajas de polvorones, gallinas en sartas, jamones, liebres, corderos, lomos adobados, canastos de embutidos y grandes cestos con tarros de almíbares, otros con huevos; todo esto vieron, comentándolo, nuestras vecinas. Coral dijo, al fijarse en el

grupo que iba tras los últimos dos hacheros que daban luz a las vituallas :

—Va el vecinito, ¿no le veis?

—¡Ay, señorita, —dijo Cotufa, alargando el hociquín, —si ese candilejo es de la señora marquesa de Sortes y todos los que van en él son *usías* y no paran más que en las casas grandes!

Pasó una nube por la frente de Coral, que, sin decir nada, volvió a su silla junto a la copa; también su madre y su tía se sentaron y en el suelo Cotufa, que recibía órdenes para el día siguiente; poco rato después, y ya entradas las diez de la noche, se rezó el rosario, en que puso Amalita toda su atención y María-Jesús todo su corazón, pidiendo por Coral, que le seguía distraída y maquinalmente; le terminaban casi cuando sintieron algazara y voces por la calle. Coral alzó la cabeza y se lanzó al balcón; el candilejo venía esta vez por la misma calle de Mesón del Moro. ¿A dónde iría? Sintió Coral la mano de su madre que se apoyaba en su hombro; Amalita y Cotufa se asomaron a la ventana de al lado, como dejando la parte más visible al bellissimo grupo de María-Jesús y Coral; el candilejo se les venía encima y un minuto después, a sus pies mismos, una varonil voz dió el grito de ¡alto! El estupor paralizó a nuestras mujeres, que vieron acercárseles, veleta en mano, al vecino que con más sarcasmo que ingenuidad se burlaba de las burlas

de María-Jesús, poniéndola en el cruel compromiso del fracaso con estas frases:

—Vecina, ¿hay algo para mi candilejo?

Y sus ojos retaban, altivos y burlones, a la abatida mujer, cuya humildad no la permitía tener una despesa para imprevistos... Coral sintió en su hombro la crispación de la mano de su madre y su orgullo lastimado en ésta. Sintió más la herida y, con la prontitud del rayo, tuvo la idea salvadora que la hizo decir con todo el desdén del triunfo:

—¡Válgame Dios, vecino! Con tener tanto, aún no hay vino en ese candilejo. Esperad.

Y, antes de que nadie se diese cuenta de nada, reapareció soberbia, arrugando entre sus manos el espléndido mantón de Manila, que voló por los ares, mientras Coral decía:

—¡Para el vino! ¡Candilejo sin vino no es candilejo! ¡El vino va por nosotras!...

.

Sobre las parihuelas la floración de rosas del mantón de Coral dió la más alta nota de arrogancia y orgullo que ningún alma de mujer pudo soñar. En el candilejo de la señora marquesa de Sortes, «que no paraba más que en las casas grandes», el mejor regalo salió de la humilde casa de *las tres viudas* por mano de una niña que no vaciló, al ser humillado el orgullo de su madre, en tirar a la calle el sueño

de toda su vida, con esa altivez de las razas meridionales, que no nacen para esclavos, ni aun sus mujeres, si no lo son por amor...

*Tierrecita la del sol,
en que toditos tenemos
el orgullo por blasón.*

GLORIA DE LA PRADA

NUUESTROS PROXIMOS NUMEROS

Núm. 28. Día 4 febrero : **LA QUE NO PUDO
SER MALA**, por Sara Insúa.

Núm. 29. Día 11 febrero : **SUEÑO DE VERANO**,
por Ivonne Ferrer.

Núm. 30. Día 18 febrero : **UNA MUJER SENTI-
MENTAL**, por Dolores González Blanco.

Núm. 31. Día 25 febrero : **LAS INGENUAS**, de
Leonor Serrano de Xandri.